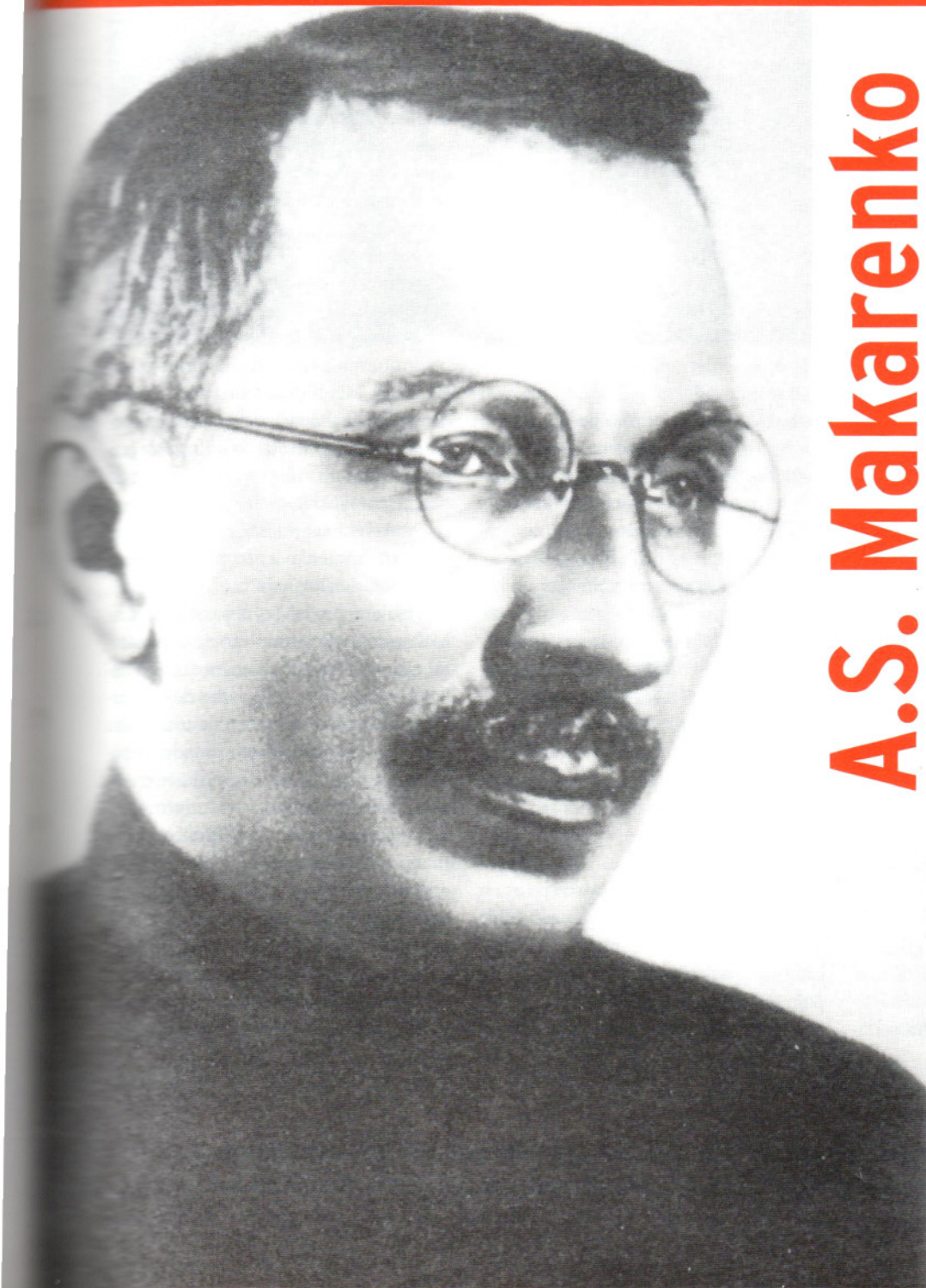


CUADERNOS DE PEDAGOGÍA. ESPECIAL 25 AÑOS

PEDAGOGÍAS DEL SIGLO XX

Capítulo Nº 7



A.S. Makarenko

La fuerza de la colectividad

Makarenko es, sin duda, el pedagogo soviético y comunista más representativo de todos los tiempos. En las colectividades infantiles y juveniles que dirige en los años veinte, magistralmente retratadas por él mismo en *Poema pedagógico* y *Banderas en las torres*, ensaya una pedagogía que se asienta en tres principios: la colectividad, el trabajo socialmente productivo y la autoridad carismática del educador. Con pulso firme y grandes dosis de creatividad, logró la reeducación de incipientes o consumados delincuentes. Sus teorías y prácticas educativas están en las antípodas del individualismo y del naturalismo roussonianos.

Cultivar la autogestión

Jaume Trilla Bernet*

Makarenko fue, sin duda, el pedagogo soviético por excelencia y el más conocido de los que llegaron a producir los regímenes comunistas. El desmantelamiento del sistema político que cobijó y dio lugar a la pedagogía makarenkiana podría hacer pensar que ésta, actualmente, sólo constituye un episodio más o menos relevante en la historia de la pedagogía, pero, en cualquier caso, exclusivamente circunscrito a un contexto histórico e ideológico muy determinado. Dicho de otra ma-

gogía que, por estar tan condicionada por un marco político que ha desaparecido, resulta de todo punto obsoleta. Aquí, sin embargo, intentaremos mostrar que no es así; que, ciertamente, Makarenko es un clásico de la pedagogía del siglo XX, pero que —o quizá por ello mismo— la lectura y el conocimiento de su obra siguen teniendo un valor intrínseco que va mucho más allá del de la pura erudición historiográfica.

También es verdad que la de Makarenko es, en diversos sentidos, como veremos, una especie de *rara avis* entre las pedagogías innovadoras de los últimos cien años. De entrada, es una pedagogía sin concesiones al discurso naturalista y, a menudo, bucólico e ingenuo de la tradición roussoniana. En la cita del *Poema pedagógico* que a continuación transcribimos se expresa de forma muy clara, mediante referencias metafóricas a la naturaleza, la opción antiroussoniana de Makarenko: "En las nubes y en sus proximidades, en las cumbres del 'Olimpo' pedagógico, toda técnica pedagógica en el terreno de la educación propiamente dicha era tenida por una herejía. En las 'nubes' se consideraba al niño como un ser henchido por un gas de composición especial, cuyo nombre ni siquiera se había tenido tiempo de inventar. [...] Se suponía (hipótesis de trabajo) que ese gas poseía la facultad del autodesarrollo y que lo único que hacía falta era no ponerle trabas. Sobre ello se habían escrito muchos libros, pero todos ellos repetían, realmente, las sentencias de Rousseau: 'Tratad a la in-

fancia con veneración...', 'Tened cuidado con poner trabas a la naturaleza...'. El dogma principal de esta doctrina consistía en que, en esas condiciones de veneración y de obsequiosidad para con la naturaleza, el gas arriba mencionado tendría que producir, obligatoriamente, la personalidad comunista. Pero en las condiciones de la naturaleza pura, lo que realmente surgía era sólo lo que podía brotar de una manera natural, es decir, la vulgar maleza del campo. Ahora bien, este hecho no turbaba a nadie: para los moradores de las nubes lo que tenía valor eran los principios y las ideas. Mis indicaciones acerca de la discordancia práctica entre la maleza obtenida y el proyecto que debía forjar la personalidad comunista eran tildadas de practicismo. Cuando deseaban subrayar mi verdadera naturaleza, decían: —Makarenko es un buen práctico, pero se orienta débilmente en la teoría".

Cualquiera que lea las obras cumbre de Makarenko (*Poema pedagógico* y *Banderas en las torres*) adivinará que por debajo, por encima y a los lados de esos relatos casi novelados late toda una teoría educativa, que existe una sabiduría pedagógica de gran calado, aunque en dichos libros no se exprese de forma sistemática. Por eso no es fácil resumirla de manera ordenada sin despojarla de lo que resulta más pregnante de la forma en que principalmente decidió exponerla: una forma vivenciada, experiencial y personalizada, tanto en lo que se refiere a sí mismo en cuanto educador, como en lo que respecta a sus educandos, que



Antón Semiónovich Makarenko, en una foto de 1920

nera, cabría entender que la significación actual de la aportación pedagógica de Antón Semiónovich Makarenko es únicamente historiográfica; y no sólo eso, sino que, además, se trata de una peda-

"La disciplina ni es un método ni puede serlo. En cuanto se empieza a entender la disciplina como método, obligatoriamente se transforma en una maldición. La disciplina sólo puede ser el resultado final de toda una labor"



Gorki (en el centro, sentado) y Makarenko, entre un grupo de jóvenes colonos

nunca son una abstracción, sino personajes de carne y hueso.

Pero hay, al menos, dos conceptos fundamentales que es preciso destacar, pues son los que caracterizan más claramente su pedagogía: colectividad y trabajo.

Podríamos decir que para Makarenko la colectividad se erige, a la vez, en un fin y en un medio fundamentales de la educación. Incluso prima –a veces, aparentemente hasta la exageración– a la colectividad sobre el individuo, pero quien lo lea atentamente descubrirá también en él un conocimiento primoroso y un respeto esencial a la personalidad de cada educando: “El principio fundamental en nuestra labor pedagógica, en la escuela y al margen de ella, así como en el trabajo preescolar, es el de tener el máximo respeto por la persona”.

Sea como sea, para Makarenko el educador es quien crea y organiza la colectividad, pero es ésta quien realmente educa a

los individuos. Ahí reside una de las grandes ideas-fuerza del pedagogo soviético: el educador no sólo actúa relacionándose directamente con el educando, sino también, y quizá sobre todo, organizando el medio social en el que aquél se desarrolla. Y así, Makarenko creará un colectivo fuerte, cohesionado, bien organizado, con metas claras y exigentes, en el que impere una disciplina conscientemente asumida por todos, y que sea capaz de reconocerse en una tradición propia y de generar su propia historia.

Más allá de las etiquetas

Pero, a pesar de lo dicho y contrariamente a lo que cabe pensar si uno se queda con los tópicos y las etiquetas, en este punto de la organización social, las instituciones que creó Makarenko han sido consideradas como experiencias de auto-

gestión educativa. El propio movimiento de la Pedagogía Institucional francesa, que desarrolló lo mejor de la pedagogía autogestionaria de la década de los setenta, reconoció explícitamente en Makarenko a uno de sus precursores. G. Lapassade puso al pedagogo soviético como modelo de una de las tres concepciones o tendencias de la autogestión: la que paradójicamente denominaba “autoritaria”. Autoritaria porque los modelos institucionales de funcionamiento eran propuestos desde arriba, pero autogestión al fin y al cabo, ya que tales modelos posibilitaban la gestión de la institución por parte de la propia colectividad. Como explica Makarenko, refiriéndose a la segunda institución que dirigió: “Mi colectividad tenía 500 personas. Había niños de 8 a 18 años. [...] Yo no me permití ni una sola vez privar de sus derechos de miembro de la colectividad y de voto a uno solo de mis comuneros, cualquiera que fuera su edad

“Como pedagogo, me río, me alegro, bromeo y me enfado sin el menor recato”



El pedagogo soviético describe en esta obra la experiencia de la Colonia Gorki

Makarenko en España

La obra de Makarenko empezó a ser ampliamente conocida en España de forma bastante tardía. En los libros de historia de la educación, diccionarios y tratados pedagógicos de los años sesenta su nombre aparece ya con cierta frecuencia, aunque, como es lógico, dado el contexto político español de la época, el tratamiento que recibe su pedagogía adopta, en la mayoría de los casos, un tono o asépticamente descriptivo o fundamentalmente crítico. La mayor divulgación y valoración de su pedagogía se produce en los años setenta y principios de los ochenta, cuando se dispone de traducciones al español de sus obras principales.

Parece obvio que donde su influencia podría haber sido más notoria es en lo que hoy llamamos educación social. Cuando se produce su divulgación en España, la obra de Makarenko es sobre todo apreciada por determinados colectivos de educadores que trabajaban en el campo de la marginación social. Pero también hay que considerar que es precisamente en esa época cuando hacen eclosión las críticas antiinstitucionalistas radicales y se empiezan a dismantelar los grandes centros totales dedicados al acogimiento de niños y jóvenes, para ensayar modelos más abiertos de educación social. Por tanto, el marco institucional de las colectividades makarenkianas tampoco parecía entonces el modelo más idóneo. De todos modos, no hay más remedio que reconocer que la pedagogía de Makarenko es intrínseca y radicalmente social. Por eso no acaba de entenderse por qué el *Poema pedagógico* no forma parte de las lecturas canónicas de nuestros actuales educadores sociales y de quienes se están formando para serlo.

y desarrollo. La asamblea general de los miembros de la comuna era realmente un órgano dirigente”.

La pedagogía makarenkiana es también una pedagogía del trabajo, dicho sea entre paréntesis, una pedagogía del trabajo casi *stajanovista*: las instituciones dirigidas por él no sólo llegaron a autofinanciarse con el producto del trabajo de los chicos, sino que incluso producían excedentes que ingresaban en las arcas del Estado: “La Comuna Dzerzhinski renunció al subsidio estatal, pasando a la autoamortización. Últimamente, no sólo cubría totalmente los gastos de la fábrica, vivienda comunal, de todos los servicios, alimentación, vestuario y escuela, sino

que además entregaba al Estado cinco millones de rublos anuales de beneficio neto”. El trabajo es, pues, para Makarenko la otra instancia educativa fundamental. Pero se trata siempre de trabajo real; de trabajo efectivamente productivo, y no de un artificio con fines exclusivamente formativos o instructivistas. Y es que para Makarenko la potencialidad educativa del trabajo reside en que se trate de una actividad verdaderamente productiva y con sentido social.

La de Makarenko es también una pedagogía del esfuerzo, del cultivo de la fuerza de voluntad, de la máxima exigencia al educando. Así lo expone, como siempre, con toda rotundidad y sin paliativos retó-

ricos, en estas líneas: “Creo que un pedagogo no debe tolerar ningún defecto, y a nuestros alumnos ni siquiera les debe caber en la cabeza que sea posible la más mínima complacencia en sus defectos. Debemos exigir a los hombres un comportamiento perfecto (aunque esto no quiera decir que siempre alcancemos esta meta). De esta forma nos acercaremos más a nuestro ideal”. En su estilo, premeditadamente provocador, una vez tituló una de sus conferencias: “¿Para qué necesita el hombre los defectos?”.

* Jaume Trilla Bernet es catedrático de Teoría e Historia de la Educación de la Universitat de Barcelona.

“Yo consideraba que el método fundamental de reeducación de los delincuentes se basaba en la ignorancia completa de su pasado y tanto más de los antiguos delitos”

1888-1920 | Antón Semiónovich Makarenko nació en 1888 en la ciudad ucraniana de Bielopolie. Fue el segundo hijo de una familia obrera. En 1900 su padre, que era pintor de profesión y trabajaba en la industria ferroviaria, fue destinado a otra ciudad, Kriúkov, donde nuestro pedagogo terminó sus estudios secundarios, al parecer con excelente aprovechamiento. En 1905, después de realizar un cursillo pedagógico, empezó a ejercer como maestro en una escuela ferroviaria de primaria, en los mismos talleres donde trabajaba su padre. En 1911 fue destinado a otra escuela ferroviaria, esta vez con el cargo de inspector. Por estos años ya cultiva su afición literaria. Escribe un pequeño relato y se lo envía a Máximo Gorki, solicitándole su opinión. Éste le responde señalándole algunos defectos pero animándole a seguir escribiendo: tal fue el inicio de una fructuosa relación. En 1914 se inaugura en Poltava un Instituto Pedagógico de formación de profesores de secundaria, en el que Makarenko ingresa inmediatamente para proseguir su formación como educador. Con una breve interrupción a causa del servicio militar, para el que finalmente fue declarado inútil debido a su gran miopía, se graduó brillantemente en 1917. Hasta 1920 ejerció de nuevo en Kriúkov y después en Poltava, como director de escuela.

1920-1927 | En 1920 le fue encomendada la creación y dirección de un centro, cerca de Poltava, para niños y jóvenes que se habían quedado sin hogar a causa de los tumultuosos años de la revolución; muchos de ellos eran delincuentes en ciernes o ya consumados. Se trata de la Colonia Gorki. El escritor ruso, además de dar nombre al centro,

fue una especie de padrino de la institución: la visitó personalmente y mantuvo frecuente correspondencia con ella. Máximo Gorki, además, escribió un elocuente retrato de Makarenko: "¿Quién pudo cambiar de forma tan radical y reeducar a cientos de niños, tan cruel y ofensivamente deformados por la vida? Antón Makarenko es el organizador y director de la colonia. No hay duda de que es un pedagogo de talento. Los colonos le adoran sinceramente y hablan de él con tal orgullo que hasta parece que ellos mismos son sus creadores. Es un hombre exteriormente severo, parco en palabras, que representa algo más de cuarenta años, narigudo, mirada inteligente y escudriñadora, tiene algo de militar y de maestro rural de los que 'sustentan ideas'. Habla con voz enronquecida, bronca o tomada, se mueve con lentitud, pero acude a todas partes, no se le escapa nada, conoce a cada colono, caracterizándole con cinco palabras, como si hiciera una instantánea de su carácter. Al parecer, en él está desarrollada la necesidad de acariciar al pequeño de pasada, desapercibidamente, tener para cada uno de ellos una palabra cariñosa, una sonrisa, acariciarles la cabeza pelada". En 1926 la Colonia Gorki cambia de emplazamiento. Los 120 educandos que se encontraban en ella se hacen cargo de otro centro educativo -Kuriazh, a pocos kilómetros de Járkov, la capital ucraniana-, que contaba con unos 200 niños y se hallaba en un lamentable estado organizativo y pedagógico. En poco tiempo se impone el estilo de la Colonia Gorki.

1927-1935 | En el verano de 1927 encargan a Makarenko la dirección de otra colectividad infantil y juvenil situada

también en Járkov: la Comuna F. Dzerzhinski. En ella ya aplicó directamente los métodos educativos que de forma muy pragmática había ido descubriendo y ensayando en la anterior institución. La Comuna llegó a tener una fábrica de taladradoras eléctricas y otra de cámaras fotográficas Leika. Durante estos años Makarenko desarrolla una intensa actividad literaria. Entre 1930 y 1932 escribe dos libros sobre la experiencia de la Comuna Dzerzhinski: *La marcha del año 30*, en forma de reportajes, y *FD-1*, en forma de novela. En 1933 redacta la pieza teatral *Tono mayor*. Y en 1935 acaba la tercera y última parte de su obra mayor, *Poema pedagógico*, donde narra su experiencia anterior en la Colonia Gorki.

1935-1939 | En septiembre de 1935 es destinado al Negociado de Comunas de Trabajo de la República de Ucrania, en Kiev; a pesar de ello, no interrumpe del todo su relación con la Comuna Dzerzhinski. La última fase de su vida, siendo ya un pedagogo célebre, transcurrió en Moscú, donde pudo dedicarse a escribir y publicar sobre pedagogía y literatura, así como a la divulgación de sus ideas mediante conferencias, programas radiofónicos y artículos periodísticos que frecuentemente aparecían en *Pravda* e *Izvestia*. Durante estos años publica, entre otros textos, el *Libro para los padres* (1937), las *Conferencias sobre educación infantil* (1938) y *Banderas en las torres* (1939), donde describe de forma novelada la experiencia de la Comuna Dzerzhinski. El 1 de abril de 1939, mientras viajaba de vuelta a Moscú en el ferrocarril suburbano, falleció víctima de un ataque cardíaco.

J.T.B.

"Para nosotros, no bastaba 'corregir' a una persona. Era preciso educarla de un modo nuevo, no sólo para hacer de ella un miembro inofensivo y seguro de la sociedad, sino para convertirla en un elemento activo de la nueva época"

Destacamentos productivos

J.T.B.

Un rasgo muy destacable de la pedagogía de Makarenko es, precisamente, la forma en que la fue elaborando: desde su propia práctica, por ensayo y error, y sin partir de teorías, que, aunque conocía bien, consideraba que poco tenían que ver con el contexto y la realidad de los chicos a los que intentaba educar. Makarenko no sólo desoía sino que, según él mismo cuenta, se irritaba con las especulaciones procedentes de los teóricos situados en las alturas de lo que llamaba el "Olimpo Pedagógico".

En una larga cita que vamos a transcribir, y en un tono polémico que no es extraño hallar en sus escritos, Makarenko establece una analogía entre la educación y el proceso de producción material: "Nuestra producción pedagógica no se basó nunca en la lógica de la técnica, sino en la lógica de la prédica moral. [...] Precisamente por ello nos faltan todas las secciones importantes de la producción; el proceso tecnológico, el recuento de las operaciones, el trabajo de diseño, la aplicación de poleas y aparatos, las normas, el control. Cuando pronuncié tímidamente estas palabras al pie del 'Olimpo', los dioses me arrojaron ladrillos y gritaron que ésa era una teoría mecánica. En cambio, yo, cuanto más lo pensaba, mayor parecido descubría entre el proceso educativo y los procesos habituales en la producción material, sin ver en esta semejanza ninguna mecanización particularmente espantosa. La personalidad humana continuaba siendo en mi imaginación una personalidad humana con

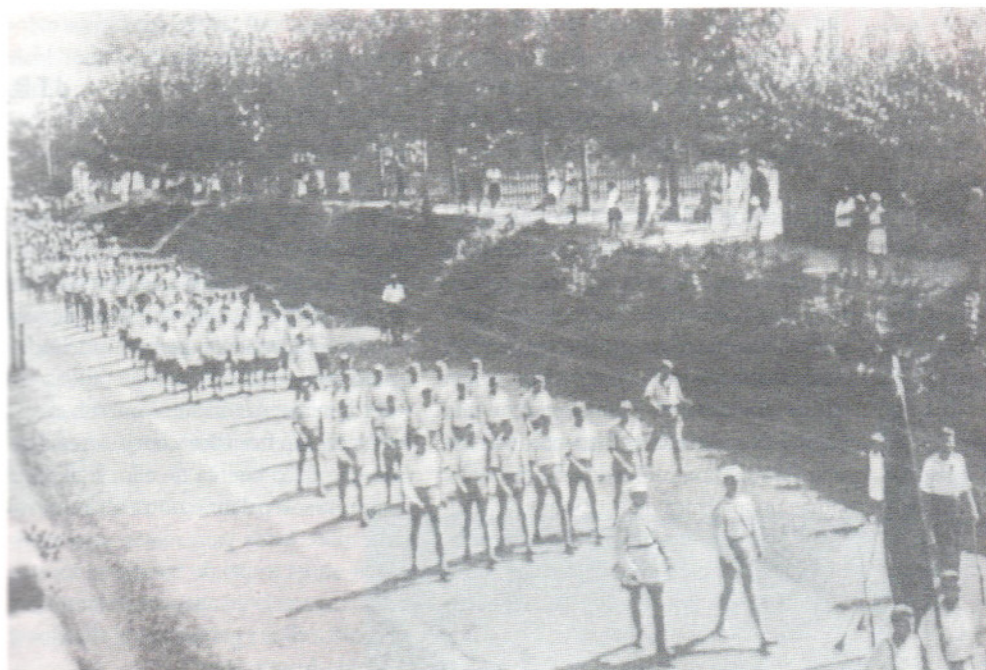
toda su complejidad, su riqueza y su hermosura, pero me parecía que, precisamente por ello, era necesario manejarla con aparatos de medida más precisos, con mayor responsabilidad y mayor ciencia, y no al estilo del simple e ignorante curanderismo. Lejos de ofender al hombre, la profundísima analogía entre la producción y la educación me hacía sentir, al contrario, un respeto particular por el ser humano, ya que tampoco se puede tratar sin respeto una máquina buena y complicada. En todo caso, para mí estaba claro que muchas piezas de la personalidad y de la conducta humanas podían hacerse en prensas, podían estamparse simplemente conforme a un estándar. Mas, para ello, hacía falta que los troqueles, que exigen una precisión y un cuidado escrupulosos, fueran de un trabajo particularmente delicado. Otras piezas requerían, por el contrario, el torneo individual de un artífice altamente especializado, de un hombre con manos de oro y mirada penetrante. [...] Mas, para todas las piezas y para todo el trabajo del educador, hace falta una ciencia especial. ¿Por qué en los centros de enseñanza técnica superior estudiamos la resistencia de los materiales y, en cambio, no estudiamos en los institutos pedagógicos la resistencia de la personalidad cuando se la empieza a educar? Sin embargo, para nadie es un secreto que esta resistencia se produce. En fin, ignoro por qué no tenemos tampoco una sección de control que pueda decir a los diversos chapuceros pedagógicos: —El

noventa por ciento de su producción, amiguitos, es defectuosa. Ustedes han hecho una porquería. Hagan el favor de pagar de su sueldo el estropicio".

Desde una perspectiva técnica

Para Makarenko la finalidad del proceso educativo estaba clara; el modelo de hombre que debía formarse (la personalidad comunista) se lo proporcionaba directamente el marco ideológico de su pedagogía. Por eso el problema acuciante él se lo planteaba en términos estricta y descaradamente técnicos. Pero que nadie se confunda, ni confunda la pretensión de Makarenko, porque la técnica pedagógica que él perseguía, y que encontraba flagrantemente ausente de los planteamientos de la especulación educativa, era la más ambiciosa. No la técnica de enseñar unos determinados conocimientos o habilidades, sino la de formar personalidades enteras. Puesto que no es posible exponer todos los pormenores de sus planteamientos educativos, nos fijaremos particularmente en los dos elementos centrales de su pedagogía: la colectividad y el trabajo. Ya se ha dicho que en las colonias o comunas creadas por Makarenko los educandos trabajaban. Dedicaban cuatro horas diarias al trabajo productivo y cinco horas al trabajo escolar, además de hacerse cargo de prácticamente todos los servicios necesarios de la colonia. Ésta se organizaba en destacamentos, formados por entre diez y quince colonos y cada uno con su

"¡Qué nombres, qué pensamientos tan brillantes: Pestalozzi, Rousseau, Natorp, Blonski! ¡Cuántos libros, cuánto papel, cuánta gloria! Y al mismo tiempo, un cero a la izquierda, un lugar vacío, nada que pueda corregir a un solo granuja, ningún método, ningún instrumento, ninguna lógica, nada. Pura charlatanería"



Los colonos desfilan formados en varios destacamentos

jefe. El destacamento constituía la colectividad *primaria* a partir de la cual se organizaba la vida del colectivo completo de la colonia, que tenía como máximo órgano de dirección al “consejo de jefes”. La forma de configurar los destacamentos fue variando con el tiempo, hasta que Makarenko llegó a la conclusión de que el modo más adecuado, eficaz y formativo de constituirlos era integrando a educandos de edades diversas: desde los más pequeños a los mayores. Simultáneamente, funcionaban también los que Makarenko llamaba “destacamentos mixtos”, que tenían carácter temporal, se formaban para tareas concretas y se disolvían una vez realizadas éstas. Cada destacamento mixto tenía también su jefe, que nombraba el consejo de jefes de manera que prácticamente todos los colonos pasaran por la experiencia de dirigir a sus compañeros.

Con respecto al trabajo, Makarenko se desmarcó del clásico principio socialista de la necesidad de relacionar el aprendizaje escolar con el trabajo productivo. El pragmatismo de nuestro educador le llevó a rechazar tal idea y, además, a ironizar sobre ella: “Cuánto nos devanamos los sesos con este maldito problema. Los chicos hacían un taburete y teníamos que ver la forma de que esto estuviese ligado a la geografía y a las matemáticas. Me llevaba el demonio cuando venía una comisión y no encontraba concordancia entre el taburete y la lengua rusa. Hasta que decidí mandar todo esto al cuerno y empecé a afirmar sin más miramientos que no debía existir relación alguna”.

Habría que hablar también de la importancia que asignaba Makarenko a los rituales como mecanismo de cohesión, de los elementos “militaristas” pre-

sentes en sus instituciones, así como del importante lugar que ocupaban en ellas las actividades artísticas (música, teatro, literatura), y del sentido formativo que concedía a todo ello. Asimismo, debería comentarse algo sobre la concepción que Makarenko tenía de la disciplina, que entendía no como un medio educativo, sino como uno de los resultados de la educación. Y, en fin, habría que referirse también a lo que denominaba la “maestría pedagógica”, que no constituía para él ninguna suerte de talento o cualidad innata del educador, sino algo que se puede enseñar, entrenar y aprender, y que, dicho en pocas palabras, consiste en el “saber hacer” del educador: saber actuar, relacionarse con el educando, saber cuándo hay que contenerse y cuándo no, saber expresar bien los sentimientos, “saber leer en el rostro de la persona, en la carita del niño”.

“En cada momento de nuestro influjo sobre la personalidad esta acción debe también influir sobre la colectividad. Y viceversa: cada contacto nuestro con la colectividad ha de ser también, necesariamente, momento de educación de cada individuo integrado en la colectividad”

Forjar personalidades

J.T.B.



Un grupo de chicos de la Colonia Gorki, en clase

No hay duda de que lo más emblemático de su pedagogía lo construyó Makarenko a partir de su experiencia en la Colonia Gorki y la Comuna Dzerzhinski. Estas instituciones incluían escuela, pero no eran escuelas: eran instituciones totales. Además, en los libros donde narra lo que ocurrió en ellas habla muy poco de los maestros y de lo que pasaba en las aulas. Makarenko pertenece a una estirpe de grandes pedagogos a quienes les interesa muy poco la didáctica (como A.S. Neill, por ejemplo): para ellos lo verdaderamente importante no era cómo enseñar-aprender determinados conocimientos, sino cómo se forjan las personalidades. Por todo ello, en el caso de Makarenko no tendría demasiado sentido dedicar el espacio de este apartado a exponer lo que ocurría “un día en el aula”. Explicaremos, por boca del propio pedagogo, un suceso que ocurrió en los prime-

ros meses de la Colonia Gorki, y que le recordaron durante toda su vida. La Colonia Gorki inició su historia en unas condiciones pésimas en casi todos los sentidos. Le habían asignado un grupito de jóvenes delincuentes de 16 o 17 años, que empezaron su andadura en la Colonia con una actitud de total descaro, insubordinación y cinismo. Makarenko describe aquella situación anómica de esta manera: “Durante los primeros días ni siquiera nos ofendían: simplemente hacían caso omiso de nuestra presencia. Al anochecer se iban tranquilamente de la colonia y volvían por la mañana, escuchando con una discreta sonrisa mis reconvencciones. [...] Cada noche se oían gritos en la carretera principal de Járkov. [...] Los aldeanos desvalijados acudían a nosotros y con voces trágicas imploraban nuestra ayuda. [...] La colonia estaba adquiriendo cada vez más el carácter de una cueva de bandidos. En la actitud de los educandos frente a los educadores se incrementaba más y más el tono permanente de burla y granujería”.

Ésta era la situación, y ahora viene el suceso iniciático al que nos referíamos:

“Una mañana de invierno pedí a Zadórov que cortase leña para la cocina. Y escuché la habitual contestación descarada y alegre:

– ¡Ve a cortarla tú mismo: sois muchos aquí!

Era la primera vez que me tuteaban. Colérico y ofendido, llevado a la desesperación y al frenesí por todos los meses precedentes, me lancé sobre Zadórov y le abofeteé. Le abofeteé con tanta fuerza, que vaciló y fue a caer contra la estufa. Le golpeé por

segunda vez, y agarrándole del cuello y levantándole, le pegué una vez más. De pronto, vi que se había asustado terriblemente. [...] Y probablemente yo hubiera seguido golpeándole, pero el muchacho gimió, balbuceó:

– Perdóneme, Antón Semiónovich.

Mi ira era tan frenética y tan incontenible que, me daba cuenta de ello, si alguien decía una sola palabra contra mí, me arrojaría sobre todos para matar, para exterminar aquel tropel de bandidos. En mis manos apareció un atizador de hierro [...]. Me volví a ellos y golpeé con el atizador el respaldo de una cama:

– O vais todos inmediatamente al bosque a trabajar, o ahora mismo os marcháis fuera de la colonia con mil demonios.

Y salí del dormitorio. [...] Para asombro mío, todo transcurrió bien. Estuve trabajando con los muchachos hasta la hora de comer. [...] En un alto, fumamos confusos de mi reserva de tabaco, y Zadórov, echando el humo hacia las copas de los pinos, lanzó de repente una carcajada:

– ¡Qué bueno! ¡Ja, ja, ja, ja!

Era agradable ver su rostro sonrosado, agitado por la risa, y yo no pude dejar de sonreír.

– ¿A qué te refieres? ¿Al trabajo?

– También al trabajo, pero ¡hay que ver cómo me ha zumbado usted!

Era natural que Zadórov, un mocetón robusto y grandote, se riese. Yo mismo me sorprendía de haberme atrevido a tocar a aquel gigante. [...] Almorzamos juntos con apetito, bromeando, pero no aludimos más al suceso de la mañana. [...] Vólojov sonreía, pero Zadórov se me aproximó con una expresión de lo más seria:

“Ni que decir tiene que el educador que carezca de autoridad no puede ser educador”

— ¡No somos tan malos, Antón Semiónovich! Todo irá bien. Sabemos comprender.”

Más tarde, Makarenko reflexionaría sobre el suceso en compañía de las dos educadoras que trabajaban con él: “Sí, había abofeteado a un educando. Experimentaba toda la incongruencia pedagógica, toda la ilegalidad jurídica de aquel hecho, pero, al mismo tiempo, comprendía que la pureza de mis manos pedagógicas era un asunto secundario en comparación con la tarea que tenía planteada. [...] Sin embargo, es preciso indicar que no pensé

— Sí, lo más desagradable es que los muchachos hablan de su hazaña con admiración. Están incluso dispuestos a enamorarse de usted, y Zadórov el primero. ¿Cómo explicarlo? No lo comprendo. ¿La costumbre de la esclavitud?

Después de reflexionar un poco, contesté a Akaterina Grigíevna:

— No, aquí no se trata de esclavitud. Es una cosa distinta. Analícelo usted bien: Zadórov, más fuerte que yo, podía haberme mutilado de un golpe. Considere usted, además, que nada le asusta, como tampoco hay nada que asuste a Burún y a

candos comenzaran a verle como ser humano y que pudieran empezar a relacionarse como tales. Éstas son las paradojas y las extraordinarias complejidades de la educación que los grandes pedagogos saben comprender y aprovechar.

Muchos años después Makarenko aún recordaba aquel suceso: “Este acontecimiento tuvo para mí un carácter lamentable y no en el sentido de que yo llegase hasta desesperación tan extrema, sino en el sentido de que no fui yo quien encontró la salida, sino Zadórov, el chico por mí golpeado. Él supo hallar en sí una fuerza y

Los colonos formaron una orquesta; en la foto posan con sus respectivos instrumentos



ni por un minuto haber hallado en la violencia un medio todopoderoso de pedagogía. El incidente con Zadórov me había costado más caro que al mismo Zadórov”. Una de las educadoras le comenta a Makarenko:

— ¿Sabe usted qué es lo más triste de toda esta historia?

— ¿Lo más triste?

los demás. En toda esta historia ellos no ven golpes sino la ira, el estallido humano.”

En cierto modo, una actuación tan pedagógica y humanamente despreciable como la violencia física había transformado, explosivamente, como diría Makarenko, una situación insostenible y crítica. El estallido de Makarenko hizo que los edu-

entereza colosales para comprender hasta qué grado de frenesí yo había llegado y me tendió su mano. El éxito de este episodio no dimanaba de mi método... No todo el mundo tropieza con una persona que después de golpearla le tiende su mano y dice: voy a ayudarte, y realmente lo hace. Yo tuve esta suerte y entonces así lo comprendí”.

“He tropezado con algunos pedagogos partidarios de que el niño debe corretear y escandalizar, por cuanto así manifiesta su naturaleza. No estoy de acuerdo con esta teoría. El niño no necesita eso para nada”

Libros de Makarenko

A.S. Makarenko, que tenía una confesada propensión literaria, escribió bastante. Pero sus mejores y más perdurables obras son, sin discusión, las que dedicó a describir sus experiencias en las dos instituciones mencionadas: la Colonia Gorki, en el *Poema pedagógico*, y la Comuna Dzerzhinski, en *Banderas en las torres*. Quien se decida a leer estas obras vivirá una experiencia pedagógica de primer orden, impactante. A Makarenko hay que leerlo, por supuesto, intentando comprender su contexto y también sin demasiados prejuicios ideológicos; dejándose llevar por la narración (como si leyéramos cualquier otra novela) y parándose, de vez en cuando—o quizá después—, para ir descubriendo y reflexionando sobre el método, el estilo, el carisma educativos particulares del pedagogo soviético. Pero seguro que, más allá de lo particular, el lector también entreverá algunas de las constantes de la tarea de educar. Esas constantes que hasta pueden atravesar determinaciones tan fuertes de lo educativo como los contextos y las ideologías. Por eso aún sigue siendo necesario leer a Makarenko, y no sólo como un episodio de la historia, no sólo para aprender historia de la educación, sino también y sobre todo para aprender a educar.

Poema pedagógico y *Banderas en las torres* fueron publicadas en castellano por la Editorial Planeta (Barcelona, 1977 y ediciones posteriores), por Akal Editores y por la Editorial Progreso de Moscú. Esta última editorial tradujo al castellano algunos de los escritos dispersos de Makarenko (artículos, conferencias...) y los reunió en las obras siguientes: *Antón Makarenko. Su vida y labor pedagógica* (Moscú, 1975), *La colectividad y la educación de la personalidad* (Moscú, 1977) y *Problemas de la educación esco-*

lar (Moscú, 1982). El volumen de 1975 es particularmente interesante, pues además de algunos textos del pedagogo, incluye fotografías y escritos sobre él y sus experiencias: entre otros, el de Máximo Gorki antes citado, uno de la viuda del pedagogo, algunos de antiguos educandos, etc.

También la editorial Nuestra Cultura publicó en español algunos escritos del educador soviético: *Colectividad y educación* (Madrid, 1979) y *La educación infantil* (Madrid, 1980, con prólogo de Marta Mata). Para esta misma editorial, F. Caivano y J. Carbonell realizaron una selección ordenada y comentada de fragmentos del *Poema pedagógico* y de *Banderas en las torres* (*Antón Makarenko: una antología*, Madrid, 1981).

Aunque nos salgamos del campo bibliográfico, hay que reseñar la existencia de un filme basado en las experiencias pedagógicas de Makarenko: *El camino de la vida*, de Nikolai Ekk (1931). La película tiene además un interés cinematográfico, ya que se trata del primer largometraje sonoro del cine soviético.

La Academia de Ciencias Pedagógicas de la URSS publicó —en ruso, naturalmente— su obra completa en siete tomos (Moscú, 1950-1952). En otras lenguas más accesibles (francés, italiano, alemán), existe también un mayor volumen de obras de Makarenko. En alemán, por ejemplo, puede encontrarse una edición de sus escritos también en siete tomos (*Werke*, Berlín, Volk und Wissen, 1964-1968).

Libros y artículos sobre Makarenko

En español contamos con poca bibliografía específica sobre el pedagogo ucraniano. Naturalmente, cualquier manual o tratado de historia de la educación destina a Makarenko algún epígrafe. Cite-

mos, por ejemplo, dos obras donde se le dedica un número relativamente amplio de páginas: *Teorías de la educación. Innovaciones en el pensamiento educativo occidental*, de J. Bowen y P.R. Hobson (México, Limusa, 1979, pp. 215-262), e *Historia del pensamiento pedagógico en Europa. II. Pedagogía contemporánea*, de A. Capitán (Madrid, Dykinson, 1986, pp. 447-462).

Conviene destacar, asimismo, otros cuatro libros que incluyen capítulos monográficos sobre Antón Semiónovich Makarenko, con valoraciones no precisamente coincidentes de sus respectivos autores: *Comunismo y educación familiar*, de J.L. García Garrido (Madrid, Magisterio Español, 1969, pp. 90-100); *Pedagogía progresista*, de G. Snyders (Madrid, Editorial Marova, 1972, pp. 135-161); *Pedagogía socialista*, de T. Dietrich (Salamanca, Editorial Sígueme, 1976, pp. 246-285), y *La cuestión escolar*, de J. Palacios (Barcelona, Laia, 1979, pp. 358-384).

Entre los artículos, queremos resaltar un breve texto en el que su autor realiza una interesante operación interpretativa del *Poema pedagógico*: más que exponer la pedagogía makarenkiana, analiza directamente la génesis de la Colonia Gorki, contada por Makarenko, como si de un grupo real (que lo fue) se tratara. Nos referimos a "Lectura de Makarenko", de J. Franch (*Guix*, nº 2, diciembre, 1977, pp. 29-34).

Cuadernos de Pedagogía ha analizado en distintas ocasiones la propuesta pedagógica rusa. Dos artículos se han centrado en la figura de Antón Semiónovich Makarenko y su obra: "¿Quién es... A.S. Makarenko?", de Jesús Palacios (nº 46, octubre 1978, pp. 43), "A.S. Makarenko", de Jaume Trilla (nº 166, enero 1989, pp. 81-83).

J.T.B.

"No puedo imaginarme una colectividad en la que un niño quisiera vivir, de la que pudiera enorgullecerse, siendo fea en su aspecto externo. No pueden desecharse los aspectos estéticos de la vida"

Pedagógicamente incorrecto

J.T.B.

En principio, Makarenko tendría muy pocos números para entrar en el *hit parade* de los pedagogos del siglo XX vigentes para el XXI. Fue el pedagogo soviético por antonomasia, incluso declaradamente estalinista, y la historia reciente ha arrasado con el comunismo. La pedagogía de Makarenko era manifiestamente antinaturalista; es decir, lo contrario de una de las músicas de fondo de muchas de las pedagogías progresistas de la época contemporánea. Fue una pedagogía extraordinariamente exigente con el educando; o sea, lo opuesto a las formas educativas tolerantes, permisivas y de *laissez faire* que han primado últimamente. Una pedagogía hipercolectivista e, incluso, militarista, que, previsiblemente, poco ha de conectar con nuestra sensibilidad individualista y posmoderna. Tampoco a una sociedad del paro y del ocio le ha de ser fácil comprender y valorar su propuesta productivista. Makarenko se revolvía contra el *paidologismo* que, según decía, reinaba excesivamente en la pedagogía de su época; podemos imaginar lo que en este sentido habría pensado del psicologismo que actualmente impera. En resumen, en estos momentos Makarenko lo tiene casi todo en contra.

Sin embargo, la pedagogía del ucraniano no debería quedar arrinconada. A Makarenko hay que seguir leyéndolo. Y ello por muy diversas razones. En primer lugar, porque algunos de los contenidos de esta pedagogía, aparentemente tan fuera de lugar, quizá sean convenientes para equilibrar los extremos opuestos que padece la educación generalizada de hoy. ¿No irían bien unas dosis de sentido de la colectividad en el individualismo hipertrofiado de nuestra sociedad? ¿Y no nos quejamos de carencias notorias en cuanto a la educación de la responsabilidad, de la voluntad, del carácter, y de la falta de perspectivas en nuestra

juventud? Pues bien, para todo eso Makarenko ofrece ideas, ejemplos, pistas y procedimientos a manos llenas.

En segundo lugar, hay que seguir contando con Makarenko porque, independientemente de su contexto e ideología, no hay más remedio que reconocer en él a un gran educador. Un educador genial y eficaz. Un personaje dotado del doble talento que reconocemos en todos los grandes educadores: el carisma de la influencia personal y la capacidad de crear medio educativo. Fue un educador que, en gran medida, consiguió lo que se propuso: transformar a jóvenes delincuentes, incipientes o consumados, en buenos ciudadanos; crear desde el caos instituciones modelicamente organizadas y eficientes. Aun en el caso de no compartir enteramente sus parámetros para medir el éxito educativo, el ejemplo de un educador exitoso siempre será útil; particularmente en unos tiempos en que la palabra "fracaso" resulta tan omnipresente en el lenguaje educativo.

En tercer lugar, Makarenko no sólo fue un gran educador sino, además, un excelente pedagogo. Su manera de crear pedagogía también debiera resultarnos muy fructífera. Su beligerancia contra los tópicos y prejuicios imperantes en la teoría pedagógica; el hecho de partir siempre de la realidad y de los sujetos concretos, su fidelidad a los hechos, pero para que la técnica pedagógica los pueda modificar; su pedagogía —digamos— del sentido común; la claridad, honestidad y radicalidad con que la expone... A Makarenko, como a todos los grandes pedagogos de verdad, siempre se le entiende todo, aunque no siempre se esté de acuerdo con él. Quizá recuperar algo de todo eso atenuaría el esoterismo que, bajo la falsa coartada de rigor cientifista, está dominando el lenguaje de las autoproclamadas Ciencias de la Educación.

